

LA *LONGUE DURÉE* DE CUBA<sup>1</sup>

A pesar de la extensa bibliografía sobre la revolución cubana, notablemente pocos libros en inglés cubren la historia de la isla desde sus primeros días. Este mero hecho justifica la afirmación de Richard Gott de estar proporcionando *una nueva historia*. *Cuba, la lucha por la libertad*, el libro publicado en 1972 por Hugh Thomas –la comparación inevitable– no empieza hasta 1762, con la invasión británica de La Habana que dio un gran empuje a la importación de esclavos y a la industria azucarera, y termina en los primeros años de la Revolución. Gott empieza con la irrupción de los aventureros españoles en 1511, aunque proporciona cierta información sobre las cambiantes poblaciones indígenas, taínos, guanahatabeyes y siboneyes, que penetraron desde el delta del Orinoco y recorrieron el vasto archipiélago caribeño en tiempos precolombinos; y continúa la historia de la revolución cubana hasta el presente. También le interesa más rastrear las continuidades históricas: determinantes geográficos y climáticos (incluidas esas «fuerzas malignas que adoptaban la forma de vientos de proporciones asoladoras», que los taínos denominaron huracán); la piratería y la corrupción; los conflictos sociales y raciales; la generalización de la africanidad y la aterrorizada conciencia que los blancos tenían del vecino Haití; todo en el contexto de una dependencia general de imperios extranjeros, ya fuera el español, el británico, el estadounidense o el ruso.

Gott señala que, paradójicamente, fue la intensidad de las rivalidades trasatlánticas la que ayudó a que Cuba se mantuviera en manos españolas hasta el final del siglo XIX, mucho después de que los virreyes del imperio español hubieran caído a manos de ejércitos criollos en el resto de América Latina; «de la misma forma que, en otra parte del mundo, el imperio turco se mantuvo vivo hasta entrado el siglo XX gracias a las grandes potencias europeas, por miedo a que su caída fuera peor». La salida definitiva de España, en 1898, tres años después de que José Martí y sus camaradas lanzaran la última guerra de independencia de la isla, estuvo

---

<sup>1</sup> Richard GOTT, *Cuba: A New History*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2003, 384 pp.

forzada por las armas estadounidenses. Pero sin conocer la dinámica de la historia del XIX español, no es posible apreciar la ineptitud de las políticas de Madrid en el avance hacia la independencia cubana. Gott admite que ésta no es su especialidad, ni la de la mayoría de los historiadores de Cuba no hispanos. Harían falta la persistencia y los conocimientos de Raymond Carr para penetrar en los vericuetos de guerras civiles y pronunciamientos, explicar la incapacidad de los liberales para introducir una revolución burguesa, y aclarar esa relación simbiótica entre los políticos civiles y los soldados que constituyó una característica específica del liberalismo español del siglo XIX. A su vez, hasta la explosión historiográfica que tuvo lugar tras la muerte de Franco, y la avalancha de conferencias que se produjo en el centenario de 1898, los historiadores españoles mostraron poco interés por Cuba y sus problemas (en este momento se están realizando trabajos excelentes, especialmente en Cataluña). De igual modo, en su obsesión por explorar las raíces del declive nacional, los brillantes talentos literarios de la Generación del 98, Unamuno y Valle-Inclán entre otros, también pasaron por alto a Cuba. No hubo novelas peninsulares ambientadas en la guerra hispano-estadounidense. Ni siquiera Pérez Galdós —cuya familia, como la de tantos otros canarios, había emigrado a Cuba— tocó el tema en sus crónicas del siglo XIX, los *Episodios nacionales*. Sólo el medio inglés Ramiro de Maeztu, hijo de hacendado, analizó 1898 desde una perspectiva cubana; pero sus artículos quedaron enterrados en oscuras revistas de izquierdas. Es más conocido por un ensayo de 1934, *Defensa de la hispanidad*. Esta ideología prototípica del postimperialismo demostró que las antiguas potencias acaban aceptando la pérdida del imperio reservándose un terreno moral elevado: una especie de sucedáneo del imperialismo con el que ahora estamos perfectamente familiarizados.

Gott capta, no obstante, dos aspectos cruciales de la historia española. Uno lo desarrolla más ampliamente un artículo muy original, «Karl Krause and the Ideological Origins of the Cuban Revolution», publicada en 2002 como artículo del Institute of Latin American Studies de la Universidad de Londres (quizá los editores de Yale se asustaron ante la perspectiva). En él, Gott explora la importancia de la Religión de la Humanidad promovida por Krause, que se convirtió en el sustituto filosófico de cualquier disensión religiosa en España a partir de la década de 1850, y fue una fuerza dominante en las universidades y una fuente de regeneración cultural y moral que inspiró a los reformadores. El krausismo influyó poderosamente en Martí, cuando estudió en España en la década de 1870; y, a través de él, ochenta años después, en el joven abogado Fidel Castro, a quien inspiró la defensa de la superioridad de la moral sobre los incentivos materiales. Igualmente importante fue el hincapié de Krause en la primacía de la reforma educativa —había sido un estrecho colaborador de Froebel— que, aplicada después de 1961, convirtió a Cuba en la envidia de América; y desde luego en una potencia médica mundial. (Probablemente éste haya sido el mayor logro de la Revolución. Al producir ahora cuadros técnicos de un amplio espectro social, Cuba puede ofrecer a los países subdesarro-

llados una ambiciosa ayuda exterior y programas de enseñanza que superan con mucho los ofrecidos por potencias más ricas.)

En segundo lugar, Gott da el debido peso al carácter de asentamiento colonial de la sociedad cubana, similar al de Rodhesia o Argelia. Los inmigrantes españoles que no se criollizaron, casándose con criollos o con negros libres, se convirtieron en un grupo no asimilado, ligado a sus raíces peninsulares (en gran medida del norte) por una compleja red de vínculos familiares, regionales y económicos basada en el envío de remesas de dinero. Esta minoría enquistada dominaba el comercio, excluyendo a la mayoría de los criollos, y permanecería intacta hasta que a ella se enfrentara la reacción nacionalista de la revolución de 1933.

La capacidad de los colonos españoles de desafiar a Madrid la mostró la respuesta que dieron a la Revolución de Septiembre de 1868. Después de que el general Juan Prim derrocara a la monarquía de los Borbones, se mostraron decididos a resistir todas las manifestaciones de nacionalismo cubano, así como las reformas liberales del gobierno revolucionario. Cuando en la provincia de Oriente estalló una revuelta independentista de hacendados liderada por Céspedes, Madrid se enfrentó a una rebelión isleña en dos frentes. En la práctica, los peninsulares eran un Estado dentro del Estado, con su propia milicia, los voluntarios, armada y financiada por comerciantes ricos. Para poner en contexto el excelente análisis que Gott hace de los voluntarios, es necesario resaltar dos puntos. En primer lugar, la impotencia de Prim. La Revolución de 1868 se había radicalizado en la metrópoli, animando a una ruidosa oposición republicana que se alimentaba con los agravios provinciales y prometía abolir el reclutamiento forzoso; con frecuencia, los soldados enviados a retirar las barricadas se amotinaban. En las provincias vascas, los carlistas se agitaron. Otras dificultades políticas procedían del anarquismo bakuninista y del socialismo marxista.

Las dificultades de encontrar un nuevo monarca (causa indirecta de la guerra franco-prusiana), el asesinato de Prim y la abdicación de su candidato al trono, Amadeo de Saboya, ayudaron a los republicanos a subir al poder, con consecuencias de amplio alcance. En el norte estalló otra guerra carlista, mientras que en el sur, varias aldeas y la base naval de Cartagena declararon su independencia en el movimiento cantonalista. El joven Martí presenció uno de estos levantamientos en Zaragoza, y dándose cuenta de que los republicanos partidarios de las aspiraciones cubanas no tenían poder para cambiar las cosas, escribió uno de sus panfletos más amargos, sobre la completa incompatibilidad de cubanos y españoles. Hasta que el presidente Cánovas impuso el orden político después de la Restauración de los Borbones en 1875, España no estuvo en posición de despachar tropas a Cuba; de ahí el estancamiento de la Guerra de los Diez Años contra las fuerzas de Céspedes, y el establecimiento de la Paz de Zanjón en 1878.

Para muchos de los insurgentes nacionalistas que tomaron las armas contra España veinte años después, Estados Unidos *—pace Martí—* representa-

ba una alternativa bien recibida a la antigua potencia colonial; aunque el entusiasmo se agotó mucho antes de que la dictadura militar estadounidense terminara, a finales de 1902. Gott describe adecuadamente la estrategia de Washington respecto a su nueva posesión. Cuba, al contrario que Puerto Rico, escapó a la anexión. Estados Unidos podía mantener mejor su dominio mediante un imperio informal, como demostraba la «influencia» británica en Egipto. Se selló en la disposición de la Enmienda de Platt: «que el gobierno de Cuba consiente que Estados Unidos pueda ejercer el derecho a intervenir para conservar la independencia cubana».

Gott resta algo de importancia al papel desempeñado por la Universidad de La Habana (dominada, como todas las instituciones culturales, por criollos) como centro de agitación nacionalista bajo la República Cubana. De hecho, el asesinato de ocho estudiantes de medicina durante la Guerra de los Diez Años, supuestamente por profanar la tumba de un voluntario pro español, ya había marcado los comienzos de un martirologio estudiantil que se convirtió en una característica establecida de la vida política isleña. En 1923 se creó la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). El Movimiento de Reforma Universitaria continental propugnado a partir de 1918 por la Universidad de Córdoba, Argentina, con su programa bolivariano antiimperialista y panlatinoamericano, encontró una resonancia especial en Cuba, sobre todo cuando las hordas de turistas estadounidenses que huían de la prohibición convirtieron La Habana en el «basurero» del Caribe, como dijo el novelista Carlos Loveira. La lucha de los estudiantes contra la corrupción moral los situó en la tradición del moralismo de Martí, haciendo revivir su ideal de *Cuba libre*, destruido por la intervención estadounidense de 1898. Encabezaron las protestas contra la dictadura de Machado a finales de la década de 1920. En 1933, sobre el telón de fondo del movimiento huelguista insurreccional que siguió al Gran Desplome, los estudiantes participaron también de manera clave en la revolución que derrocó a Machado. Uno de ellos, Antonio Guiteras, fue ministro del Interior durante el gobierno de Grau San Martín, el profesor universitario que Batista convirtió brevemente en presidente. El poco duradero gobierno de Grau avanzó rápidamente hacia la izquierda, nacionalizando las refinerías de azúcar y decretando una «cubanización» del empleo del 50 por 100, lo cual provocó revueltas ante los intransigentes negocios y tiendas propiedad de españoles.

Una característica llamativa de 1933 fue la alianza oportunista entre los estudiantes y los sargentos del ejército insurgente, dirigidos por Fulgencio Batista (como señala Gott, uno de los pocos casos en América Latina en los que los mandos inferiores se hicieron con el poder). Uno de los aspectos más controvertidos de este libro quizá sea el tratamiento equilibrado que da al tan denostado Batista, que a pesar de ser, como sugiere Gott, la segunda figura más importante del siglo xx en Cuba, todavía espera una biografía fidedigna. En contraste con la mayoría de los miembros del Movimiento 26 de Julio castrista, prósperos, educados en colegios de elite y blancos, Batista era pobre y autodidacto, y sus orígenes

mestizos representaban la diversidad racial cubana de una manera que los antepasados gallegos de Castro no podían representar. Fue Batista quien dio respetabilidad política al Partido Comunista de Cuba a finales de la década de los treinta, con dos puestos en el gobierno, sus propios medios de comunicación y un movimiento sindical organizado. De «fascista» se convirtió, a ojos de los comunistas, en «defensor de la democracia», una *volte-face* facilitada por el cambio de la Comintern hacia los frentes populares, y por la Guerra Civil española. Si, como se puede sostener, la Revolución Cubana debe su supervivencia a los comunistas, a sus vínculos con Moscú y a sus cuadros disciplinados, los comunistas a su vez estaban en deuda con Batista. Éste se volvería más tarde contra ellos, pero no cabe duda de que, a finales de la década de los treinta y comienzos de la de los cuarenta, Batista fue una figura muy popular y un modelo para los negros, anticipando incluso aspectos de la política castrista de escuelas rurales.

La Guerra Civil española merece ser incluida en cualquier historia de Cuba, aunque el sesgo eurocéntrico de buena parte de los estudiosos de este conflicto ha hecho que se pasaran por alto sus repercusiones en todo el mundo hispano. En Cuba, los españoles que se habían unido contra la ley de «cubanización» de 1933 se enfrentaron ahora entre sí, en un bando franquista y otro republicano. Uno de los mayores contingentes de voluntarios internacionales para defender a la República española procedía de Cuba, que también envió una influyente delegación al Congreso de Intelectuales celebrado en Valencia en 1937. Uno de los principales defensores de la República fue Nicolás Guillén, figura clave en el renacimiento de los negros cubanos. El periodismo de Guillén prefiguró el posterior interés de Cuba por África, al relacionar la Guerra Civil española con la lucha anticolonial más amplia, específicamente en Abisinia. Muchos de los izquierdistas europeos se mostraron reacios a defender al feudal Haile Selassie, al contrario que los caribeños, que lo proclamaron Ras Tafari. El legado de la guerra fue negativo para Cuba; la isla no se benefició de la diáspora de intelectuales republicanos en la misma medida que el resto de Hispanoamérica, especialmente México. Más gravemente, veteranos desilusionados se unieron a los grupos terroristas que caracterizaron el final de la década de los cuarenta, en buena medida en la universidad en la que Castro realizó su aprendizaje político.

Partir al monte con un pequeño grupo de compañeros armados ante una toma hostil del poder era una tradición en Cuba, y Gott interpreta a esta luz el asalto al Cuartel de Moncada el 26 de julio de 1953 (después que Batista cancelara las elecciones de 1952) y el famoso discurso en el que Castro declara que «la historia me absolverá». Quizá hubiera más que decir sobre la lucha que siguió. Un libro importante y potencialmente explosivo, *Inside the Cuban Revolution: Fidel Castro and the Urban Underground*, de Julia Sweig, apareció a tiempo para que Gott hiciera referencia a él, pero no para que analizara sus implicaciones. Basado en archivos hasta ahora cerrados (la razón de su apertura no está muy clara), sostiene que, hasta los últimos meses de la insurrección contra Batista, la mayo-

ría de las decisiones tácticas no las tomaron Guevara y los hermanos Castro en Sierra Maestra, sino miembros de la clandestinidad urbana, cuyo papel normalmente se minimiza. Cuando le preguntaron al respecto, Ricardo Alarcón –posible sucesor de Castro y también líder de la resistencia urbana– respondió: «no me gusta criticar al Che. Pero en ese tema, realmente no sabía de qué hablaba».

Glorificar a las guerrillas rurales fue una manera obvia de relacionarlas con los heroicos rebeldes de la Guerra de Independencia, que nunca consiguieron dominar las ciudades. Pero el intento de aplicar este modelo a toda Hispanoamérica delata la ignorancia de Guevara respecto a las complejidades y las divergencias de las sociedades implicadas. Y todavía menos se podía aplicar a África. El mayor éxito de la política exterior cubana –la intervención en Angola y su crucial efecto, después de la batalla de Cuito Cuanavale, sobre el régimen de segregación racial– se consiguió mediante un guerra convencional. Irónicamente, fueron las tácticas guerrilleras de Jonás Savimbi (influenciado por Guevara, aunque financiado por representantes de Estados Unidos) las que perpetuaron el conflicto después de que los cubanos se retirasen, lo cual arroja una interesante luz sobre la opinión que Castro tiene de que es posible pasar directamente de una sociedad tribal al socialismo, eludiendo las fases intermedias. Contra esto, se puede sostener que el principal objetivo al dar primacía a la guerrilla rural era el de provocar un cambio de conciencia a través de una obligación con el campesinado. Para los revolucionarios de clase media, ésta fue la forma de identificación con una clase suprimida más eficaz que permitieron las contracorrientes del entorno urbano. También reflejaba las lealtades ruralistas de Castro, que permitirían la decadencia de La Habana, como castigo por los pecados de los padres, hasta que la UNESCO se hizo cargo.

Básico en la historia cubana desde comienzos del siglo XIX ha sido el debate sobre la raza y la nación. Las diversas estrategias propuestas como alternativa al gobierno español, desde la formulación de la *cubanidad* en la década de 1830 en adelante –el anexionismo, el reformismo/autonomismo y finalmente la independencia– estuvieron dominadas por el problema de asimilar gentes consideradas inasimilables. Antes de la independencia, el discurso nacionalista se formuló en términos exclusivamente blancos, «civilizados» e hispanos. La inmigración proporciona una clave para entender la relación hispano-cubana. Compartiendo el terror colonial caribeño al contagio de Haití, España intentó evitar la africanización subvencionando a los colonos blancos. Después de la independencia, sin embargo, llegaron más españoles que en los cuatro siglos anteriores. Esta sorprendente evolución refleja la naturaleza racial de la guerra de 1898 (los salvajes dibujos publicados en la prensa española y estadounidense lo dejan abundantemente claro, y la segunda edición del libro de Gott tal vez incluya una muestra). Una de las razones por las que Estados Unidos no se decidió a anexionar Cuba, de manera similar a Puerto Rico, fue el temor a que provocara más «problemas negros» que exacerbaran el fracaso de la reconstrucción sureña.

Es asombroso, vista su posterior implicación en África, que Castro necesitara tanto tiempo para aceptar la africanidad. Nuevamente influenciado por Martí, al principio adoptó la creencia integracionista de que no hay blancos ni negros, sólo cubanos, a pesar de los deseos de los negros, después de la independencia, de que los reconocieran por sí mismos. Los legados de la Guerra de Razas de 1912 (que no se ha estudiado en profundidad hasta hace poco) se disiparon gradualmente por el ascenso del afrocubanismo durante la década de los veinte; aunque esto estuvo un tanto compensado, para la elite, por el uso que Machado y Batista hicieron de la policía negra, y el éxito del Partido Comunista en el nombramiento de líderes sindicales negros. Los propios negros se mostraban divididos respecto a la poesía de Guillén: a la clase media instruida le disgustaba el uso que hacía de la lengua vernácula, de la misma forma en que DuBois, en Estados Unidos, criticaba a Claude McKay por imitar los ritmos del habla negra en sus novelas. Pero los vínculos de Guillén con el renacimiento de Harlem a través de Langston Hughes, y con España a través de García Lorca, definieron su hispanismo negro como equivalente cubano del garveyismo o de la *négritude*, lo cual, junto con los estudios sociológicos de Fernando Ortiz, aumentó el prestigio de la cultura negra entre los intelectuales blancos.

Tras la Revolución, la reivindicación de que se reconociera la especificidad negra se observó con suspicacia, en parte debido a la desconfianza residual hacia las sociedades secretas africanas, pero también debido a la influencia de los radicales negros estadounidenses, con los que las relaciones eran tensas. Ésta fue una de las razones por las que Castro miró con recelo la propuesta hecha a comienzos de la década de los sesenta por Walterio Carbonell de lanzar una política exterior centrada en África. En 1965 se aceptó el riesgo, con el lanzamiento de la aventura del Che en el Congo. El compromiso de Castro con África se hizo tan profundo que su reputación allí quizá llegue a empequeñecer a la imagen que de él tienen en América Latina. Sería un error exagerar el grado de tensión racial en la Cuba de hoy. Los negros adquirieron movilidad social –aunque no siempre política– como resultado de la revolución educativa. No obstante, el impacto del turismo y sus consecuencias sobre una economía bifurcada en dólares y pesos ha ampliado las diferencias sociales y raciales; pocos negros pobres reciben remesas de Estados Unidos, ya que pocos se exiliaron. El turismo tiene rostro de Jano: crucial para conseguir divisas y por la buena voluntad que genera entre los visitantes, pero causa potencial de envidia y acicate para la prostitución y la delincuencia.

El libro de Gott merece convertirse en la historia convencional en inglés, complementaria de la de Thomas y de tamaño más manejable. Con un tono admirablemente desapasionado en todo el texto, Gott consigue la hazaña casi imposible de realizar un retrato medido, aunque apreciativo, del actual líder cubano. Su conclusión rechaza supuestos milenaristas, considerando que, cuando Castro muera, «habrá pocos cambios en Cuba. Aunque son pocos quienes han reparado en ello, el cambio ya se ha pro-

ducido». Por primera vez, Cuba depende de sí misma, libre de la dependencia de potencias imperiales. El cambio, por consiguiente, está dictado por la necesidad pragmática de acomodarse al capitalismo sin sacrificar la soberanía ni los logros de la Revolución. Los agentes de esta adaptación serán jóvenes tecnócratas. Aparte de los hermanos de Castro y del impresionante ministro del Azúcar –Rosales del Toro, otro veterano de Sierra Maestra– en los ministerios trabajan hombres de treinta a cincuenta años, lo cual evita las tensiones generacionales que han constituido la maldición de la política en Cuba y en los países comunistas en general, con sus jerarquías envejecidas.

Por consiguiente, un plácido ocaso del *fidelismo*, dentro de una herencia cultural ligeramente posmoderna, ha sustituido el lema «socialismo o muerte» por el de «¿es posible un mundo mejor?». Queda por ver si los logros de la Revolución y las exigencias del capital podrán conciliarse con tanta facilidad. Ciertamente, sería una tragedia que Cuba quedara reducida a los niveles socioeconómicos y a las desigualdades manifiestas que prevalecen en la mayor parte del Caribe. Podríamos quizá haber esperado que el autor de un buen estudio sobre Hugo Chávez conjeturase en qué medida la amistad entre éste y Castro puede presagiar una radicalización de América Latina, y la renovada búsqueda del sueño bolivariano. Gott estaría admirablemente equipado para abordar este tema en un libro futuro.